

como tésis.”—La tabla de las estratas geólicas del Baron de Humboldt, comparada con la relacion de Moisés, y que tan celebrada ha sido en Europa, figura entre las pruebas aducidas en este escrito por el P. Nájera.

Consultado acerca del bautismo que solicitaba un extranjero para entrar en el seno de la Iglesia católica, el P. Nájera estendió su parecer, que original tenemos á la vista, y debemos comprender entre los escritos de que estamos haciendo mencion en esta noticia, porque delicada la resolucion del asunto, segun los principios á que debía sujetarse, el autor la fundó como podia esperarse de su ciencia y de su gran caridad hácia los que necesitaban de ella. Tratábase de un hombre que habia llegado á la mitad de la vida, sin haberse instruido en ninguna religion, porque perdiendo á sus padres desde niño, y viviendo embarcado casi todos sus años hasta entónces, ni ocasion habia tenido ántes de procurarse aquella instruccion y acomodar á ella sus prácticas espirituales. Examinado por el P. Nájera, toda la luz que arrojaron sus noticias, fué la memoria que habia podido conservar de que sus padres pertenecieron á la secta metodista. Ni era necesaria otra, para explicar por qué no recordaba haber sido nunca bautizado, y aun para asegurarse que tampoco habia recibido ese sacramento recién nacido. La Iglesia, pues, podia considerarlo como á un gentil, y acceder á su solicitud, segun concluía el P. Nájera en el luminoso dictámen que acabamos de examinar.

En ocho diálogos, figurando A. y B. como interlocutores, explicó el P. Nájera los principios para juzgar de la belleza ó buen gusto en los objetos naturales y en las obras del arte. En la primera de estas lecciones espuso de qué manera el gusto es el resultado de la delicadeza que afecta al sentimiento, y de la correccion que depende de la razon y del juicio. En la segunda, explica al genio como creador de un todo bello, compuesto de las bellezas

parciales, trayendo, con oportunidad, el ejemplo de Fidias, en su bello ideal de la Vénus de Médicis. En la tercera, trata de la sublimidad, como objeto tambien del gusto, y aplicando esta leccion á las bellas letras, se ocupa en la cuarta y quinta conferencias, de explicar todavía el sublime, con los incomparables himnos del poeta inspirado por la Divinidad, y con algunos pasages de Homero y Virgilio, como autores antiguos; y de Racine, Milton, Ossian y otros muchos, entre los modernos. En la sesta se propuso demostrar las causas de la belleza, y de cuántas maneras puede esta reproducirse en los escritos; siendo tambien el asunto de la séptima y octava, explicar los escollos que en el language y en el estilo, deberá evitar el escritor, para no perjudicar á la belleza ó buen gusto en sus obras. El P. Nájera adoptó para estas lecciones, los principios de Blair, ofreciendo continuarlas; pero, ó no lo hizo por alguna otra ocupacion mas adelante, ó se han perdido como tantos escritos suyos.

— ¿CUAL ES EL TIEMPO QUE DEBE DURAR UN SERMON?—Es otra de las obras que encontramos entre los originales del P. Nájera. No habiendo ningun mandato que haya fijado el tiempo que debe durar un sermon, la costumbre ha sido la regla en la materia, y el autor hace la historia de todas las variaciones que ha tenido esta regla en los diversos tiempos. Con los respetables testimonios de San Cirilo y de San Agustin, dice que una hora era entónces el menor tiempo que se concedia á la duracion de un sermon; lo mismo sucedia en la época de Fr. Luis de Granada, y de Navarro, segun se comprueba en algunas de sus obras; y no podian durar ménos los sermones que nos han quedado de otros venerables españoles. Algunos de los primeros misioneros en este continente, que publicó el Santo Fr. Juan Bautista, no podian pronunciarse, dice el P. Nájera, ni por un niño de 10 ó 12 años, en media hora; y agrega:—“¿Cuándo, pues, ó cómo las Catedrales dejaron de

consentir, entre nosotros, los sermones de á hora?"—Observa que de España vino la innovacion, y que á España la llevaron los que, ó habian visto otra práctica en las naciones estrangeras, ó de ella habian tenido noticia. Los canónigos de Lisboa, á principios del siglo XVII, redujeron aquel tiempo á tres cuartos de hora, no sin algunas escepciones á favor de predicadores de gran mérito literario, como sucedió con Fr. Estevan de la Purificacion, carmelita calzado. En Francia, ya en el siglo XVI, existieron ejemplos para acreditar que el tiempo ordinario de un sermón era el de media hora, comenzando entónces la corrupcion del púlpito, dice el P. Nájera, y continuando en aumento progresivo, hasta que levantada esa práctica, que tanto perjudicó á la elocuencia sagrada, se presentaron un Massillon y un Bourdaloue. La misma fatal influencia ejerció para el púlpito en España, la limitacion del tiempo, sigue observando el P. Nájera, como se vió en un *España Madrid* y tantos otros. Luego considera tambien, que Bossuet y Maury no habrian podido predicar en algunas de nuestras Catedrales, porque cuando mas empeñada hubiera estado la verdad en darse á conocer por sus elocuentes palabras, el destemplado sonido de una campana, movida por un autómatas, les habria impuesto silencio. Mas adelante reprueba la distincion que en otras Catedrales se hace á favor de los miembros del Cabildo y Prelados regulares, porque, dice,—“no es inferior la doctrina que predica el Capellan de Coro, el Religioso que no tiene una prelacía, á la que anuncia el Canónigo ó el Guardian de un Convento.”—Hace ver, con este motivo, los inconvenientes de semejante práctica, cuando se vitupera la palabra de Dios, humillando al Predicador;—“y que se vitupera,—agrega,—es evidente, no solo en la humillacion del orador, sino á veces en la confusion de la verdad.”—Sigue haciendo un juicio crítico de algunos escritores, enemigos del gran Papa Leon X, porque defendia las libertades de Italia, y á quien atri-

buyeron, entre otras acusaciones, que no queria oír sermones que pasaran de media hora, tratándolo por esto, de impío y aun de ateista. El P. Nájera prueba la incompetencia de esos escritores, para hablar de un Pontífice tan esclarecido, del gran Leon, uno de los mayores que han ceñido la tiara en la Iglesia. Y termina:—“hē aquí, que una calumnia impía introdujó en las Catedrales esa novedad de la antigua disciplina, que fué apechugada con lijereza, ha sido sostenida con indiscrecion, y no puede mantenerse sino por capricho.”

CARTA APOLOGETICA DE LA OBRA TEOLÓGICA DEL P. GAZZANIGA; DIRIGIDA AL SR. DR. D. MARIANO GUERRA, CATEDRATICO DE AQUELLA FACULTAD EN LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA; POR FR. MANUEL DE SAN JUAN CRISÓSTOMO, NAJERA: AÑO DE 1841.—Miembro de una comision que tuvo encargo de visitar la Universidad de Guadalajara, y que propuso las *prelecciones teológicas del P. Gazzaniga*, entre otras obras que formarian por cuatro años el curso de esta facultad, el P. Nájera, en el escrito que acaba de citarse, quiso desvanecer enteramente las sospechas de *jansenismo* que habian recaído sobre la obra propuesta, con motivo de unos escritos anónimos que se publicaron en el tomo primero de la titulada *Biblioteca de Religion*. Y lo hizo victoriosamente, probando al mismo tiempo la mala fé y la ignorancia del escritor anónimo, que corrompió el testo del P. Gazzaniga, omitiendo algunas de sus palabras y variando otras, para hacerle decir lo que no habia dicho, y acumularle despues cargos por aquellas en que el sabio autor dominicano habia seguido el espíritu de algunos Santos Padres. Estensamente se encarga el P. Nájera de examinar cada una de las proposiciones del escritor anónimo, ya para hacer evidente el fraude que cometió en el testo del P. Gazzaniga, como su lijereza en juzgarlo sospechoso de *jansenismo*, precisamente en donde era mas pura su doctrina siguiendo la escuela *Tomis-*

ta. Y para confundir del todo á su gratuito adversario, y restablecer la buena fama que merece el piadoso autor de las *prelecciones teológicas*, el P. Nájera quiere que su triunfo sea debido al mismo escritor anónimo de la *Biblioteca*, formando un paralelo entre la relacion del P. Gazzaniga y la del Sr. Obispo de Cisteron, Pedro Francisco Lafitan, cuya historia recomienda el anónimo, protestando mirar como suyas las doctrinas que contiene. Por este paralelo, que el P. Nájera presenta al fin de su disertacion apologética, se encuentra tal coincidencia en el fondo de la narracion de ambos autores, que no podria acusarse al Gazzaniga de infidelidad, sin llevarse de encuentro al Jesuita Lafitan, no obstante que en este se desechan algunos incidentes de que el Gazzaniga se ocupa, para cuyo silencio habia una razon poderosa en el escritor, salva la cual, en todo lo demas presenta la esactitud y fidelidad que recomienda el anónimo. Tal el juicio del P. Nájera en el escrito de que nos ocupamos, lo creemos competente, y así lo creerán todos los que lean su Carta apologética, y admiren en ella, como nosotros, la profunda y universal instruccion que manifiesta en las ciencias eclesiásticas.

Hallamos tambien escrito por su mano, como traductor, el DISCURSO DE BOSSUET SOBRE LA UNIDAD, que tan dignamente debia ocuparlo en sus estudios de este gran Pastor de la Iglesia francesa.—“La unidad de la Iglesia, unida en lo alto por el Espíritu Santo, tiene tambien un lugar comun de su comunion exterior, y debe permanecer unida por un Gobierno que represente la autoridad de *Jesucristo*. Así la unidad guarda la unidad, y bajo el sello del Gobierno eclesiástico, se conserva la unidad del Espíritu. ¿Cuál es este Gobierno? ¿Cuál es su forma? Nada responderemos segun nuestro propio sentir: abramos el Evangelio: el Cordeiro abrió los sellos de este sagrado libro, y la tradicion de la Iglesia ha explicado todo.”—Hé aquí el misterio que predicaba Bos-

suet, y que el P. Nájera estudiaba tambien en la version castellana de sus elocuentes palabras. Ella tiene todo el mérito de un autor tan respetable, para ser registrado con interes y utilidad, aun por aquellos que hubiesen leído, y por esto mismo, vuelto á leer muchas veces el original. No nos cansaremos, pues, nosotros al agregar todavía aquí algunos renglones de esta hermosa traduccion.—“Si esto es así, cristianos; si todos los Obispos juntos, no tienen sino una misma cátedra única, en la que San Pedro y sus sucesores están sentados. Si en consecuencia de esta doctrina, todos deben obrar por el espíritu de la unidad católica, de modo que cada Obispo no diga, no piense cosa que la Iglesia no pueda confesar, ¿qué no debe esperar el mundo de una asamblea de tantos Obispos? ¿Me será permitido, señores, dirigiros la palabra; dirigirla, digo, á vosotros, de quien yo la recibo el dia de hoy; pero á vosotros, que sois mis jueces y los intérpretes de la voluntad divina? ¡Ah! sin duda, puesto que vosotros me abris la boca cuando yo os hablo. Señores: no soy yo el que os habla, sino vosotros mismos los que os hablais á vosotros mismos. Consideremos que debemos obrar por el espíritu de toda la Iglesia; no seamos hombres vulgares, á quienes miras particulares estravien del verdadero espíritu de unidad católica. Nosotros obramos en cuerpo, en el cuerpo del Episcopado y de la Iglesia católica, en donde todo lo que es contrario á la regla, jamas deja de ser detestado, porque el espíritu de verdad prevalece allí siempre. Sean tales nuestras resoluciones, que ellas sean dignas de nuestros padres, y dignas de ser consideradas por nuestros descendientes; dignas, en fin, de ser numeradas entre las actas auténticas de la Iglesia, é insertas con honor en aquellos registros inmortales, que conservan los decretos que no solo miran á la vida presente, sino tambien la vida futura y toda la eternidad.”

SOY LA ESPERANZA DE LA VIDA Y DE LA VIRTUD.—Con esta sen-

tencia del *Eclesiástico*, principió su discurso el P. Nájera en una de las funciones de Artes del Seminario de Guadalajara. Mira á la Filosofía saliendo de boca del Altísimo, y siendo vida y virtud, porque es inteligencia y poder para el espíritu del hombre. Su origen celestial se descubre, dice, porque ella es la maestra de la verdad, la que pone en nuestras manos la llave de oro para poder penetrar en su Santuario, la que nos descubre los secretos prodigiosos que encierra la naturaleza, para darnos testimonio del saber del que la crió, y la que nos hace comprender las leyes con que anima y sujeta los seres que proclaman el poder del que dijo y todo fué hecho; ella es tambien la que esplica las aspiraciones de nuestro corazon por un bien que no halla el hombre en sí mismo, que en vano busca en cuanto le rodea, y que debe ser real y efectivo, pues de otra manera el hombre seria un monstruo, la naturaleza una ilusion, la ciencia un juguete, y la evidencia misma de las cosas físicas, una burlesca anomalía. Sigue demostrando la esactitud de este gran pensamiento, y enseñando que no es dado el pasar del vestíbulo del augusto templo donde despliega su Magestad el anciano de los dias... sin consultar á su hermana primogénita; á su hermana la depositaria y secretaria del sabio y santo por esencia; á su hermana la privilegiada y querida del Dios, suprema y única felicidad, la revelacion, sí, la revelacion que conduce hasta el trono del Eterno al mortal que ella ha formado. Profundos se manifestaron, dice, Platon y Aristóteles, al contemplar á la filosofía, no encontrando que pudiera haber nacido en la tierra y reconociendo su origen divino. Es un Nacianceno tambien, agrega, el que asegura que no puede haber venido de otra parte la filosofía; es un Clemente Alejandrino, el que la reconoce como un Apóstol de la verdad eterna; son los mismos libros escritos por inspiracion del espíritu de Dios, los que llaman sabiduría á la série encadenada de conocimientos que nosotros lla-

mamos filosofía; y nadie es sabio sino Dios, nuestro Señor, concluye, asegurándonos en la ley y en los Profetas, que es ella la que merece el nombre de sabiduría sobre la tierra, como un destello de la luz que crió á la luz; de la luz que lució ántes de la aurora; de la luz que ilumina á todo hombre, sobre cuya alma está grabado como resplandeciente sello, el rostro de la verdad. Recorre despues la historia de la filosofía, analizando los principios de todas sus escuelas, y presentándola aún en sus épocas mas gloriosas de la antigüedad pagana, llena de extravíos y de errores, porque la ciencia de Dios y la de la razon no andaban unidas. Absurdo, y muy absurdo es, dice, el suponer que Dios pudiera contradecirse á sí mismo; que en su infinita inteligencia hubiese dos géneros de verdades, destructoras las unas de las otras; que pudieran existir dos principios opuestos entre sí, y que Dios como Criador del hombre, le diera á conocer lo que como Redentor y Glorificador desmentiria. Si así fuese posible, continúa; ó la filosofía era vana, ó la Religion ideal, ó la Divinidad misma se hubiera destruido y aniquilado. Léjos de que exista esa guerra entre la revelacion y la filosofía, dice, al hombre pensador se le presentan unidas, y con un lazo tan estrecho, que siempre que busca á la una, encuentra á las dos, dándose el ósculo de la mas sincera fraternidad. Y pasa á probar la union necesaria que hay entre ellas, con el paralelo que no podemos omitir en este lugar:—“¿Qué es la revelacion? La manifestacion que Dios mismo se ha dignado hacer de su verdad y bondad, al grado que la razon no podia alcanzar por sí misma. ¿Qué es la filosofía? El conocimiento de lo verdadero y de lo bueno, derivado de la recta razon. ¿Qué es la revelacion? La declaracion de los medios por donde solo puede llegar el hombre inmortal á una felicidad que comienza en esta vida, y no se completa ni perfecciona sino en la eternidad. ¿Qué es la filosofía? La enseñanza por la que el hom-